

ALFAGUARA

Luis Mateo Díez

Azul serenidad o la muerte de los seres queridos

Los muertos abundan en mis ficciones. También la experiencia imaginaria de la muerte, y el sentido simbólico de la extinción y las desapariciones. Hay en mis novelas muertes muy variadas y muertos que en su falta de resignación encuentran un destino fantasmal, desahuciados de la vida y náufragos en un más allá de soledad y aburrimiento.

Ahora he sentido la necesidad de rememorar, en un recordatorio, a mis muertos familiares, a esos seres queridos con que todos contamos entre las ausencias más irremediables. Los muertos que pertenecen a nuestra vida, a la cercanía más afectiva y comprometida de lo que somos. Lo más lejano a la ficción, lo más próximo a esos hechos y circunstancias que cualquiera puede rememorar en paralela compaginación a mi recuerdo, ya que los seres queridos tienden una red de emociones y débitos que a todos nos conciernen en igual medida.

Este relato está escrito desde la inmediatez de unas muertes familiares que, de nuevo, auspiciaron la difícil disyuntiva de la imposibilidad

de entender la muerte y la necesidad de comprenderla. La muerte que viene, la muerte que se espera, la muerte avasalladora, la muerte voluntaria...

Está escrito para el consuelo, no podría estarlo para ahondar en el dolor que nos separa de esos seres queridos que impregnán con su aura nuestra memoria. La rememoración de estos hechos de vida, de estos hechos de muerte, donde nada se inventa, quiere también suscitar el rumor de la ausencia que, en su benigna murmuración, ayude a pacificar lo que el tiempo alivia y el recuerdo reclama.

Acostumbrado a la ficción de la muerte, el novelista asume la huella imborrable de la muerte verdadera, y apenas le queda, en esa disposición del consuelo, el modesto poder de una escritura que intenta esparcir para los demás las emociones y los sentimientos de las pérdidas que todos sobrellevamos.

LUIS MATEO DÍEZ
Primavera de 2010

1.

El doce de diciembre de 2007 y el catorce de mayo de 2008 hubo dos muertes en mi familia. La madrugada del doce murió mi sobrina Sonia, que en palabras de su padre, mi hermano Antón, y de su madre, mi cuñada Luz, «emprendía su trágico vuelo hacia la calma», y a primeras horas de la tarde del catorce de mayo fallecía en el Hospital de la Fe de Valencia mi cuñada Charo, a la que un tumor de metástasis tan expansiva como implacable se la llevaba en poco más de un mes.

Una muerte entra en el cálculo de lo que la vida nos depara, en la costumbre de lo que determina nuestro destino. Poco hay que decir de la muerte habitual con que todos nos encontramos en el entorno de nuestras existencias. Hay mucho que sentir, y en la discreción e intensidad de ese sentimiento de pérdida, que la muerte supone, involucramos lo que corresponde. La muerte afianza los afectos. El acontecimiento concita lo que en el trance familiar es más expresivo, más explícito, al menos

en una familia como la mía, donde el respeto y la cautela son formas de comportamiento y la dependencia afectuosa no necesita especiales declaraciones.

Dos muertes, en tan corto tiempo y con tan radicales vicisitudes, no tienen previsible cálculo, y es la reiteración y el compromiso de asumirlas lo que bloqueó mi ánimo con el común sentimiento del vacío que procuran: lo que la pérdida explaya en la desolación para en seguida construir una emoción de ausencia, que las circunstancias hacen más inminente y perdurable.

Las muertes, sean las que sean, no se entienden. Comprenderlas es una labor que exige mucho esfuerzo, pero sólo desde la comprensión se puede llegar al entendimiento. La comprensión es como un aval en la lucidez de la memoria y la inteligencia, su esfuerzo necesita enfriar los sentimientos, distanciar esa llama de las presencias para que, sin extinguir su pálpito, tamicen una irradiación no dramática, en la misma proporción en que las voces destilan los rumores y el eco de las palabras acoge la resonancia de éstas, ya sin el estrépito de su sonoridad.

La comprensión establece, con la inteligencia, un remanso de conocimiento, en el que podemos percibir, o por cuyo conducto podemos adueñarnos, de una cierta indulgencia que necesitamos para entender la muerte.

Lo que no se puede entender, podría comprenderse y, con la ayuda habitualmente redentora del tiempo, esa comprensión rozaría el entendimiento que coadyuvase a la lucidez de una conformidad, tampoco pidamos más, en la que el dolor no fuese un valor radical y absoluto, sino más cercano a la paciencia y la tolerancia.

Un dolor tolerable, un sufrimiento apacible que detalla en su fluido cierto rumor de la ausencia, la música de un vacío silencioso que estiliza las imágenes del recuerdo, aunque algunas, las más trágicas, las que inmovilizan, por ejemplo, el descubrimiento del cuerpo de Sonia en el Patio de su estudio, aquella mañana del doce de diciembre, no se pueden estilizar, ni siquiera restañar entre la herida del amanecer brumoso y la aspereza del cemento en que el cuerpo de Sonia yacía.

La irreabilidad acaba siendo el único don de la extrañeza cuando el sentido de las cosas se rompe y no hay hilo conductor que redima lo que sucede, de modo que nada podía ser

creíble y verdadero en lo que mi hermano Antón percibió al llegar al Patio, después de aquella carrera, más desalentada que desesperada, que emprendió tras la llamada telefónica que alertaba de lo que había pasado.

Los niños del Patio

(una correspondencia)



Las dos chicas retienen tu mirada, están quietas, satisfechas de que tú las mires y las veas, posan en ese instante, sonríen y se cogen de los hombros.

Ya te dije que me encantaba esta idea de mantener una correspondencia contigo en la que no recibo otra cosa que la fotografía de los niños que viven al otro lado de tu estudio, tras la reja, y con los que ni siquiera compartes el Patio porque no sales con ellos, sólo los ves y los atiendes cuando te llaman, aguantas sus bromas y confidencias, el bullicio a veces excesivo.

Retienen tu mirada, les gusta que las fotografías.

Me hago a la idea, ahora que tengo la fotografía en las manos y me dispongo a contestarte según lo convenido, de que son dos personajes tuyos, de que al retratarlos los inventas. Es algo equivalente a lo que yo hago en mis ficciones.

Dos chicas de Sonia, me digo.

Vinieron del fondo del Patio y encontraron en tu cámara y en tu condescendencia esa felicidad instantánea que revelan sus ojos.

No sé lo que supone la reja, que ya me dijiste que sería el *leit motiv* de tus envíos.

¿Son ellas las que no pueden entrar o eres tú la que no puedes salir...?

Ya te digo que hasta el momento de escribirte no he hecho otra cosa que mirar a tus chicas.

¿Te veo en ellas, te veo con ellas, son algo de ti misma...?